

Estructura social y sociabilidad: ¿son desiguales las redes personales?.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (2015). *Estructura social y sociabilidad: ¿son desiguales las redes personales?*. REDES-Revista hispana para el análisis de redes sociales, 26 (2), 15-39.

Dirección estable: <https://test.aacademica.org/pablo.de.grande/42>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pmEO/Wbu>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Estructura social y sociabilidad: ¿son desiguales las redes personales?

Pablo De Grande¹

Observatorio de la Deuda Social Argentina (UCA) / Instituto de
Investigación en Ciencias Sociales (USAL)

Resumen

En este trabajo se presentan los resultados de un estudio de redes personales de alcance nacional realizado en Argentina en el año 2006. Sobre una muestra de 1500 adultos, se analizan las características de vínculos interpersonales de ayuda, con la meta de describir -en contextos urbanos de la Argentina- las dependencias observables entre los modos de sociabilidad y la posición social de los sujetos. Por medio de ello se buscó dar cuenta de las articulaciones entre las desigualdades económicas y sociales y la formación y mantenimiento de vínculos interpersonales. El capital educativo y el capital económico, junto a la ubicación en el ciclo de vida y el sexo, son las dimensiones que se utilizan en el análisis para caracterizar las diferencias en la participación en las relaciones familiares, institucionales y barriales de la población estudiada.

Palabras clave: Redes personales – sociabilidad – estratificación social – nivel socioeconómico.

Abstract

This paper analyzes the results of a personal network national study conducted in Argentina in 2006. After a sample of 1500 adults, the characteristics of the personal relations are shown, with the goal of describing -in urban contexts of Argentina- the dependencies between sociability and social position. In this way, it looks forward to eliciting the linkages between economic and social inequalities and the formation and maintenance of interpersonal relations. Educational capital and economic capital, next to age and sex, are the dimensions that are used in the analysis to characterize differences in participation in family circles, neighborhood and institutional relations.

Key words: Personal networks – sociability – social stratification – socioeconomic status.

Introducción

La presente investigación se ha propuesto ampliar el conocimiento disponible para la relación entre estructura social y sociabilidad en grandes centros urbanos de la Argentina. Más precisamente, con el propósito de mejorar la comprensión sobre los mecanismos que reproducen la pobreza y la desigualdad social, se ha indagó en cómo

¹ Enviar correspondencia a: Pablo de Grande, correo-e: pablodg@gmail.com



las relaciones interpersonales se conectan en el contexto investigado con otros factores sociales estructurales. De esta forma, cabría comprender (medir, explicar o cuestionar) la desigualdad social no solamente desde las capacidades individuales de las personas para asegurarse ingresos económicos, acceso a la salud o a otros aspectos del bienestar individual, sino también desde sus condiciones y recursos vinculares, de decir, desde su integración social en términos de relaciones interpersonales.

En las últimas décadas, desde diferentes perspectivas, la pobreza ha comenzado a comprenderse como un problema multidimensional y complejo (Boltvinik et al., 2014). En este corrimiento desde una medición de la pobreza por ingresos (como en el esquema de la 'línea de pobreza') a una preocupación por el desarrollo humano en un sentido más amplio han sido muy influyentes los trabajos de Amartya Sen (1980, 1987, 1997) así como las recomendaciones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (Salvia, 2005; PNUD, 1990). En la agenda pública, esto se refleja en la percepción de que la pobreza en la Argentina "no se soluciona con cajas de comida ni con transferencia de dinero, sino que exige un trabajo largo, sostenido y en múltiples frentes para resolver un conjunto de carencias que llevan muchos años de acumulación" (Amadeo, 2011).

El Observatorio de la Deuda Social Argentina, en consonancia con este marco conceptual, evalúa indicadores de desarrollo humano en la Argentina, poniendo especial énfasis en el monitoreo de las desigualdades que incluyen pero exceden la situación económica de los actores. Para estimar estas distancias relativas en la disponibilidad de recursos y logros del desarrollo humano, realiza desde el año 2004 un relevamiento anual de hogares sobre un conjunto de centros urbanos del país (De Grande, 2005). Como principal resultado de las investigaciones del Observatorio de la Deuda Social Argentina, se encuentran evidencias significativas acerca de la persistencia de déficits en múltiples dimensiones del desarrollo humano en los sectores peor posicionados socioeconómicamente: a las dificultades de ingresos y patrimonio –que parcialmente pudo resolver la reactivación económica, con la reducción del desempleo y mejoras en el salario real–, se suman en estos sectores dificultades en el acceso a servicios de salud de calidad y fuentes de empleo estable y registrado, peores niveles en sus indicadores de bienestar psicológico, problemas en el hábitat y en las garantías para la seguridad física en las zonas de residencia, entre otros.

Como parte de las iniciativas orientadas a caracterizar la desigualdad social y sus formas específicas, se planteó en el año 2006 –en un contexto de recuperación

económica post-crisis del año 2001– el objetivo de conocer cómo se relacionaban las diferencias de posición social con el campo de las relaciones interpersonales. Es decir, cómo operaban los vínculos interpersonales de ayuda en los sectores de menos recursos en comparación a otros espacios sociales. En consecuencia, cabía preguntarse: ¿las relaciones interpersonales en los sectores socioeconómicamente más desfavorecidos, están más presentes y son más numerosas debido a que permiten asegurar aquello que el mercado o el Estado allí no proveen? ¿O por el contrario constituyen un 'déficit', evidenciando la fragilidad de la integración social en el nivel de las relaciones interpersonales en la pobreza? Y a la vez: ¿quiénes se apoyan más frecuentemente en su familia extensa al necesitar ayuda? ¿Los jóvenes o las personas mayores? ¿Las clases medias o los sectores populares? ¿Los hombres o las mujeres? Y allí donde la familia extensa no ofrece estos canales de apoyo e interacción, ¿qué otros círculos operan? ¿El barrio? ¿Los compañeros de trabajo?

Como principales resultados cabe adelantar la existencia de una mayor disponibilidad de vínculos interpersonales de ayuda declarados en los sectores medios en relación a los sectores bajos, previsiblemente una mayor presencia del 'barrio' como espacio de producción de vínculos entre los sectores de menos recursos, una escasa injerencia de los vínculos de origen laboral en todos los sectores, así como un comportamiento parcialmente desigual en la sociabilidad por género y según capital económico respecto del capital educativo.

Las redes de la pobreza

Es posible reconocer para la noción de red personal, y sus vinculaciones con las prácticas de ayuda, un desarrollo conceptual extenso, en torno a las nociones de redes de apoyo (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2003; Lee, Ruan y Lai, 2005), de capital social (Atria, Siles, Arriagada, Robison y Whiteford, 2003; Bagnasco, Bagnasco, Piselli, Pizzorno y Trigilia, 2004; De Filippis, 2001; Lederman, 2001; Portales, 2013; Woolcock, 2001) y de red social (Forni y Nardone, 2005; Kuehnast y Dudwick, 2004). Para el presente artículo, no serán explicitados los matices de cada una de estas líneas mencionadas, pero será retomada una selección parcial de algunos de los trabajos que han abordado empíricamente estas problemáticas.

Primeramente, cabe señalar que el estudio de la desigualdad, y más en particular las investigaciones sobre la pobreza y sus dinámicas, han conducido a dar cuenta de los vínculos interpersonales como un nivel de la trama social efectivo para ayudar en la subsistencia en contextos de escasez, vulnerabilidad o marginalidad, sin que esto deba conducir por ello a escenarios de movilidad social ascendente (Gutiérrez, 2005).

Los trabajos de Espinoza en Chile (1999) y de Enriquez Rosas en México (2000) son estudios que involucran relevamientos cuantitativos –por medio de encuestas– de redes personales en espacios pobres, buscando captar no sólo lazos de intercambio de bienes y servicios, sino también la existencia de lazos instituidos por valores emotivos. Espinoza, en primer lugar, retoma el concepto de ‘estrategia de supervivencia’, para dotarlo de un carácter eminentemente relacional al estudiar dos barrios pobres de la ciudad de Santiago, Destacando la necesidad de ampliar el mapa de actores de tales estrategias por fuera de los hogares, describe las estrategias cotidianas de los actores apoyadas en redes que operan entre personas que no eran necesariamente familiares y que no habitaban todos una misma vivienda. En segundo lugar, describe los lazos que analiza como redes de apoyo que constituyen garantías contra la inestabilidad económica, y que se componen de lazos estrechos, duraderos, de personas que se ven y encuentran seguido. Finalmente, da cuenta del hecho de que fiabilidad de estos vínculos ‘fuertes’ –positiva en términos de evitar la existencia de individuos en la pobreza y abandonados a su suerte– es complementa, sin embargo, con una escasez de vínculos ‘débiles’ de estas comunidades, que permitan a la personas de estos barrios acceder a recursos u oportunidades fuera de los mismos.

Enriquez Rosas, por su parte, encuentra en sus casos a finales de los 90 una merma en la relevancia del componente barrial y vecinal, así como una dificultad para establecer o mantener interacciones estables, consecuencia de la sobreocupación laboral de estas mujeres. Las redes pueden servir para obtener empleo, pero también el empleo puede agotar el tiempo necesario para el mantenimiento de estas redes.

Ramos, en su estudio de caso sobre una familia del Gran Buenos Aires, destaca la diferenciación entre intercambios de mercado e intercambios por relaciones personales. En estos últimos, los intercambios no se daban en plazos o volúmenes sujetos a cálculos precisos por parte de los actores sino que, por el contrario, la validez de la confianza y de los lazos de ayuda requerían para su reforzamiento, según la autora, de una separación temporal entre los mismos, así como de una flexibilidad o incluso una indiferencia respecto a los volúmenes transaccionados (Ramos, 1981:24). De esta forma, donde –en primera instancia– podían observarse intercambios materiales o de servicios, cabía advertir un proceso más complejo subyacente de relaciones de confianza y de recreación de un valor simbólico, que

venían a tomar forma en la realización de un favor o en el dar ayuda². En similar sentido, Forni y Nardone (2005) analizan la presencia de relaciones de confianza y familiaridad como elementos que anteceden y permiten –también en el Gran Buenos Aires– la creación de grupos solidarios de microcrédito y la intervención de instituciones (ONGs) en barrios del partido de Moreno (Forni y Nardone, 2005:24).

En términos generales, estas investigaciones arriban a un consenso sobre la relevancia de las redes sociales y de intercambio para asegurar los elementos mínimos para la subsistencia en condiciones de pobreza. Al tiempo que esto opera como un hallazgo aún no plenamente recibido por la investigación demográfica, no parece demostrado (estos trabajos ni lo afirman ni lo niegan) que la centralidad de los lazos (el carácter decisivo de los intercambios informales y los mecanismos de don y contra don³) sería una singularidad de los sectores pobres. Al respecto, cabe señalar una escasez de trabajos que permitan validar esta hipótesis en contextos latinoamericanos, es decir, investigaciones que se propongan estimar cuál es la importancia de las relaciones interpersonales en el bienestar de sectores no-pobres, para luego trabajar comparativamente con sectores pobres⁴. Tampoco se cuenta, asimismo, con trabajos que permitan comparar redes personales en forma estadísticamente generalizable por posición de clase en la Argentina. Es decir, que cuando se ha trabajado la situación de las relaciones personales en sectores marginados o de bajos recursos, usualmente no se han implementado estrategias de grupo de control o de estudios comparadas que hagan visible la especificidad de tales redes en el contexto general.

Fuera del ámbito latinoamericano, existen un número mayor de antecedentes de investigaciones que vinculan los lazos interpersonales con efectos y condiciones de clase por medio de estrategias comparativas. Lee y Campbell (1999), en esta línea, cotejan en Estados Unidos la sociabilidad en muestras de vecindarios ‘blancos’ y ‘negros’, encontrando diferencias en los niveles de proximidad de los vínculos en uno y otro espacio. Kuehnast y Dudwick (2004) observan en un trabajo de tipo etnográfico la reorganización de las redes de pobres y no pobres en Kirguistán en la

² Dice Ramos: “en este sentido, la ayuda es valorada con independencia a su contenido material” (1981:51).

³ En el sentido de contraprestaciones de M. Mauss (1924).

⁴ El trabajo de Adler Lomnitz y Melnick (1994) sobre sectores medios en Chile indaga estos espacios, si bien en el contexto de captar las dinámicas de empobrecimiento de estos sectores, es decir, no ubicándolos como un grupo de referencia o de control.

fase post-soviética, describiendo una dinámica de mayor instrumentalidad de los vínculos al producirse una movilidad ascendente de los actores involucrados. Lieber y Sandefur (1998), por su parte, observan en su investigación sobre redes de apoyo social que una mayor educación en su muestra aumentaba las chances de intercambiar apoyo social, al tiempo que –inversamente– mayores ingresos las disminuían. Mickelson y Kubzansky (2003), a través de una encuesta de hogares de alcance nacional en Estados Unidos encontraron menos redes de apoyo social entre quienes tenían menos recursos económicos. Por último, Lee, Ruan y Lai (2005), comparan tipos de vínculos característicos en las redes de apoyo de muestras de Hong Kong y en Beijing, imputando para ambas ciudades rasgos socioculturales diferentes y por lo tanto, buscando explicar la interacción entre tales diferencias y las sociabilidades correspondientes.

En todos ellos, las evidencias tienden a confirmar la hipótesis de que sectores situados de manera socialmente diferenciada en la jerarquía social harán usos particulares de sus redes personales, que a la vez, tendrán formas específicas consistentes con aspectos de dichos espacios. A la vez, en varios de ellos se observa que a menores disponibilidades de recursos materiales (económicos), las redes interpersonales se ven también afectadas negativamente, en términos de poder asegurar menores niveles de apoyo social.

A pesar de estos consensos, sin embargo, cabe señalar que no parece conveniente extrapolar estos resultados a contextos latinoamericanos sin reparar en las especificidades institucionales y socioculturales de los mismos: el desarrollo de los Estados y poblaciones latinoamericanas en los siglos XIX y XX ha estado en estrecha relación con los países ‘centrales’, produciendo sin embargo dinámicas políticas y sociales específicas de la región y de su condición periférica. Más recientemente, como un proceso distribuido en toda la región y ocurrido con particular intensidad en la Argentina, la aplicación de políticas neoliberales de flexibilización laboral, apertura de importaciones y privatización de empresas del sector público constituyó durante la década de los 90 un motor de transformaciones en el lazo social y en la distribución social de las riquezas de gran impacto. Este marco histórico, al igual que las singularidades estructurales y culturales, es esperable tengan sus marcas específicas en los patrones y dinámicas de las relaciones interpersonales investigadas.

Metodología

Participantes

El módulo de redes personales de la Encuesta de la Deuda Social Argentina fue aplicado en el año 2006 a 1500 personas adultas en 7 grandes centros urbanos del país: Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, Bahía Blanca, Neuquén-Plottier, Gran Salta y Resistencia (ODSA 2007). El procedimiento general de esta encuesta se corresponde con una encuesta de hogares para una población por muestra, incluyendo una selección aleatoria polietápica de los puntos muestrales a visitar, un 'timbreo' sistemático para la selección de los hogares y finalmente una selección de los respondentes al interior de los hogares por cuotas de edad y sexo proporcionales al total de la población mayor a 18 años de cada aglomerado seleccionado.

Instrumento

El cuestionario de la Encuesta de la Deuda Social Argentina se compone de tres módulos: el módulo de hogar, el módulo de personas y el módulo de respondente. El primero de ellos releva características de la vivienda, del barrio y de los recursos comunes del hogar, tales que acceso a servicios públicos, materiales de la vivienda, disponibilidad de electrodomésticos y otros bienes del hogar, entre otros. El segundo registra la estructura del hogar, recuperando la lista de miembros del hogar e indicadores tales que edad, sexo, estado ocupacional, relación con el jefe y nivel educativo de cada uno de ellos. El último de estos tres módulos indaga en forma más detallada condiciones de vida y dimensiones del bienestar, tales la calidad de la inserción laboral, el acceso a la salud, el uso del tiempo de ocio, la participación político-institucional, entre otros.

En el año 2006, se agregó al módulo de respondente un 'generador de nombres' para cuantificar relaciones interpersonales. Esta técnica utiliza un ítem para solicitar una lista de personas relevantes al respondente, para luego preguntar información específica respecto de dichas personas. El diseño replicó en buena medida la estrategia de generador único propuesta por Burt para la General Social Survey de 1985 (Burt, 1984), reproduciendo varios de los indicadores originales, tales que origen del vínculo, tipo de vínculo o frecuencia de contacto, y agregando otros, tales que distancia a la vivienda.

La pregunta seleccionada con este fin fue:

“Con frecuencia, la gente recurre a amigos, familiares, compañeros de trabajo o conocidos cuando necesitan un consejo o ayuda para situaciones que sin ellos serían difíciles de resolver. Entre sus conocidos, sin incluir a quienes viven en su hogar, dígame por favor, solamente el nombre de las personas a las que recurriría en este tipo de situaciones” (ODSA, 2006⁵).

Sobre las personas mencionadas, se preguntó a continuación la edad, el sexo, el nivel educativo, la frecuencia de contacto, la duración del vínculo, el origen del mismo, el tipo de vínculo, la distancia al hogar de residencia, el contenido de la relación y el grado de conocimiento recíproco entre los vínculos mencionados.

Análisis

La información resultante fue organizada y consistida en una base de datos de SPSS 13.0. Los tabulados que se presentan fueron sometidos a pruebas T para evaluar la significatividad estadística de las diferencias de media observadas; estos niveles aparecen a lo largo del análisis indicándose el valor de P (ej. $p < 0,001$).

Las categorías utilizadas para la edad fueron ‘18 a 35 años’ (jóvenes), ‘36 a 55 años’ (adultos), ‘56 años y más’ (mayores). La elección de las edades para el criterio de corte privilegió la construcción de grupos de tamaño similar, generándose de esta forma cuasi-terciles de edad.

El capital educativo se operacionalizó a partir de la información disponible en el cuestionario general respecto al máximo nivel educativo alcanzado por el respondente. El mismo fue agrupado en: Bajo: primaria completa o menos (hasta 7 años aprobados de educación formal); Medio: secundaria completa o incompleta (hasta 12 años aprobados de educación formal); Alto: universitario o terciario, completo o incompleto (más de 12 años de educación formal).

El capital económico fue calculado a partir del cuestionario general de la encuesta utilizando el total de ingresos del hogar y normalizándolo a partir del criterio de ingreso por equivalente adulto. El criterio de equivalente adulto es similar al cálculo de ingreso per cápita, pero asigna valores ponderados a cada miembro del hogar

⁵ En ODSA (2006) es posible consultar el cuestionario completo de la Encuesta.

según su edad y sexo⁶. En el análisis se ubicó a cada respondente según el tercil de ingreso por equivalente en su hogar en las categorías de Alto, Medio y Bajo. El primer tercil y el segundo tercil de ingresos se ubicaron en 285 pesos argentinos (aprox. 93 U\$D) y en 610 pesos argentinos (aprox. 200 U\$D) por mes respectivamente.

Por último, cabe señalar que para los tabulados de relaciones (Tabla 2 en adelante) la unidad de conteo son las relaciones (y no los respondentes), es decir que no se presentan las medias de las proporciones de cada persona (donde el 'n' serían las personas) sino las distribuciones de relaciones declaradas (siendo el 'n' las relaciones).

Resultados

Frecuencia y duración

La muestra estuvo compuesta por 1500 respondentes, los que mencionaron 1518 vínculos. Con ello, fue mencionado –en promedio– un vínculo por persona, siendo 5 el máximo de personas mencionadas y no declarándose vínculos para algo menos que la mitad de la muestra.

Esta distribución de vínculos ocurre a la par de una relación positiva entre capital educativo y cantidad de vínculos, donde 53,92% de quienes están en el estrato más bajo declaran no tener vínculos a los cuales recurrir, mientras que esto sólo ocurre en el 35,02% de los casos del estrato alto ($p < 0,001$) (Tabla 1). Para el capital económico, esta distancia se mantiene pero con menos fuerza, llegando a 49,83% en estrato alto y a 39,68 en el estrato bajo ($p < 0,005$).

⁶ El equivalente adulto es un coeficiente que representa la cantidad de personas que forman el hogar de acuerdo con su edad y sexo en términos de sus requerimientos nutricionales de consumo. Este coeficiente toma como unidad el equivalente a la necesidad nutricional de un adulto varón de 30 a 59 años (Salvia, 2001:258). El número de componentes de cada hogar fue ajustado a este valor al calcularse el ingreso promedio de los hogares para este indicador.

	Promedio de vínculos por encuestado	Proporción de población	Cantidad de vínculos					
			Ninguno	1	2	3	4 ó más	
Capital educativo								
Bajo	1,58	500	49,83	31,34	13,38	2,72	2,73	
Medio	1,74	500	46,12	27,47	18,93	3,89	3,59	
Alto	1,93	500	39,68	27,05	19,17	7,85	6,25	
Capital económico								
Bajo	1,48	560	53,92	29,71	13,35	1,13	1,89	
Medio	1,76	543	43,68	29,05	17,53	6,27	3,47	
Alto	2,05	397	35,02	26,49	22,03	8,03	8,43	
Edad								
18 a 35 años	1,96	556	36,94	29,88	18,77	6,45	7,95	
36 a 55 años	1,62	516	45,69	30,50	17,49	4,07	2,26	
56 años y más	1,61	428	55,37	24,72	14,67	3,60	1,63	
Sexo								
Varón	1,76	773	49,35	27,28	14,46	5,01	3,90	
Mujer	1,76	727	40,81	30,05	20,03	4,61	4,50	
Total	1,76	1500	45,21	28,62	17,16	4,82	4,19	

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Tabla 1. Promedio de vínculos en la población adulta (18 años y más) según capital educativo, capital económico, edad y sexo y proporción de población en cada categoría. Conjunto de aglomerados, 2006.

Mientras que en la apertura por sexo no se muestran diferencias significativas, con respecto al ciclo de vida, los lazos tienden a reducirse en cantidad a lo largo del mismo, estando 55,37% de las personas de '56 años y más' en el grupo de 'sin vínculos'. El promedio de vínculos, consecuentemente, decrece de 1,96 vínculos para el grupo de '18 a 35 años' hasta a 1,61 vínculos para el grupo de '56 años y más' ($p < 0,001$).

En términos de distribución de capital educativo, capital económico y edad, el grupo de personas que no declaran vínculos parece encontrarse en continuidad con los demás grupos, es decir, que al observarse las distribuciones del grupo de personas sin vínculos en comparación con las personas con 1 vínculo, parecen mantenerse las tendencias observadas los demás grupos entre sí (mayor escasez de vínculos en los grupos de bajos niveles de capital y mayor edad). Esto permitiría suponer que no se trata de un grupo ajeno al resto de la población, ni que se trató de casos de no-respuesta por errores de de campo (en cuyo caso su distribución no tendrían razón a priori para ser coherente con las demás categorías).

Otro atributo relevante de las relaciones es su durabilidad. En este aspecto, cabe señalar que aunque podría esperarse que quienes tengan menos vínculos estables

busquen establecer nuevos vínculos con mayor frecuencia, en todos los casos la mayor parte de los vínculos (más de un 70%) remite a relaciones duraderas, de más de seis años, siendo la proporción de los vínculos recientes baja incluso en los estratos con menos relaciones (Tabla 2). La mayor preponderancia las relaciones duraderas se muestra en el grupo de personas de '56 años y más', llegando al 90,8% de las relaciones.

Duración de las relaciones (% en fila)	Menos de uno	Uno a tres	Tres a seis	Más de seis	Ns/Nr
Capital educativo					
Bajo	3,1	2,2	10,2	82,7	1,8
Medio	0,8	6,8	10,8	81,2	0,4
Alto	1,3	8,1	10,3	78,1	2,1
Capital económico					
Bajo	2,9	7,1	13,5	74,3	2,2
Medio	1,2	3,8	9,4	84,7	1,0
Alto	1,1	7,2	9,2	81,4	1,2
Edad					
18 a 35 años	2,4	8,9	15,7	72,6	0,4
36 a 55 años	1,2	4,4	6,9	85,5	2,0
56 años y más	0,6	2,2	3,9	90,8	2,6
Total	1,6	6,1	10,4	80,5	1,4

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Tabla 2. Duración de las relaciones (en años) según capital educativo, capital económico y edad. Conjunto de aglomerados, 2006.

Origen

Al analizar el origen de los vínculos, se destaca que la mayoría de ellos remiten en los encuestados a espacios sociales antes que a personas a través de los cuales fueron conocidos. De esta forma, el barrio, el trabajo y los espacios educativos aparecen como el origen de un 56,4% de los vínculos, mientras que un 14,3% corresponden a contactos a través de personas conocidas. De los contactos obtenidos 'a través de...' los más frecuentes fueron por medio de amigos, representando el 9,6% del total de vínculos (Tabla 3).

En la estratificación por capital educativo se produce, como es esperable, un crecimiento de la sociabilidad por ámbitos educativos a medida que se posee un mayor nivel de capital. Sin embargo, es llamativa la intensidad de este aumento, mostrando el fuerte impacto que la participación en espacios educativos tiene no solamente en la creación de 'capital humano' (de habilidades individuales) sino también en las pautas de sociabilidad. En éste, la participación de este tipo de sociabilidad va de 1,1% a 35,2% ($p < 0,001$) (Tabla 3). A su vez, el mayor

protagonismo de los espacios educativos opera en detrimento de la socialización barrial, pasando de valores cercanos a 41,5% entre vínculos de bajo capital a 13,7% en vínculos de nivel de capital alto ($p < 0,001$).

Asimismo, también existen diferencias en la participación de la familia y la amistad según capital educativo. Si se observa la cantidad de vínculos obtenidos a través de amigos, la participación de esta forma de vinculación no varía significativamente, siendo independiente la proporción de vínculos de amistad al nivel educativo de las personas. Sin embargo, sí se produce una caída pronunciada de la presencia de familiares en los vínculos en los diferentes niveles de capital educativo, yendo de 32% a 20,7% ($p < 0,001$).

Las tendencias para origen de los vínculos por capital económico resultaron, en términos generales, similares a las obtenidas discriminando por capital educativo. Cabe señalar sin embargo como principal diferencia la menor relación del capital económico con los espacios educativos, es decir, que aún en el nivel de capital económico bajo, un 10,1% de los contactos provienen de dichos espacios, y que en el alto sin menos frecuentes que el observado para nivel educativo alto (27,0%).

A lo largo del ciclo de vida se observan dos efectos contrapuestos en la distribución de los vínculos según su origen. A medida que se avanza en edad, las relaciones originadas en los espacios educativos decaen en importancia. Su participación comienza en 28,9% y llega a 6,7% en personas mayores de 56 años ($p < 0,001$). En forma opuesta, la participación de los vínculos familiares se incrementa en forma sostenida, yendo de 18,5% a 31,4% ($p < 0,005$).

Por su parte, la aparición de vínculos por el barrio se mantiene estable en los dos primeros períodos observados (18 a 35 años y 36 a 55 años), y presenta un aumento en la franja de 56 y más, pasando de 26,3% a 35,4% ($p < 0,005$), probablemente compensando un efecto del retiro del mercado laboral (cuyos vínculos bajan de 14,9% a 10%).

Las distribuciones por sexo, se dan en forma desigual en la familia y en el barrio. Mientras que en los hombres los vínculos obtenidos en el barrio alcanzan un 32,8%, en las mujeres ocurren en menor proporción (24,6%) ($p < 0,005$), viéndose esto compensado en un mayor nivel de participación de las mujeres en los círculos familiares, señalando un 28,9% de vínculos de dicho origen a diferencia del 18,4% declarado por encuestados de sexo masculino ($p < 0,001$).

Origen del vínculo	Espacios sociales				A través de ...					Otros		
	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	Total	Un amigo	Una pareja	Un hijo	Otro familiar	Total	Es un familiar	Otro Nr/Ns	Total
Capital educativo												
Bajo	1,1	7,2	41,5	49,7	10,2	0,6	0,7	2,3	13,8	32,0	4,5	36,5
Medio	13,9	11,7	33,8	59,4	8,6	2,0	1,0	2,3	13,9	21,2	5,6	26,7
Alto	35,2	9,2	13,7	58,2	10,3	1,6	0,7	2,6	15,2	20,7	5,9	26,6
Capital económico												
Bajo	10,3	7,7	40,0	58,0	6,9	0,8	0,8	2,5	10,9	26,3	4,8	31,1
Medio	14,3	9,0	31,5	54,8	8,9	2,4	0,8	3,2	15,3	23,8	6,1	29,8
Alto	27,0	11,5	18,1	56,6	12,0	1,2	0,8	1,7	15,8	22,3	5,3	27,6
Edad												
18 a 35 años	28,9	6,0	26,8	61,6	9,7	2,1	0,5	2,5	15,0	18,5	4,9	23,4
36 a 55 años	10,2	14,9	26,3	51,4	10,6	1,4	0,5	3,0	15,5	26,9	6,1	33,1
56 años y más	6,7	10,0	35,4	52,1	7,8	0,2	1,8	1,4	11,2	31,4	5,4	36,8
Sexo												
Varón	19,1	11,2	32,8	63,1	10,0	0,8	0,2	1,9	12,9	18,4	5,6	24,0
Mujer	17,5	8,2	24,6	50,3	9,3	2,2	1,3	2,9	15,6	28,9	5,2	34,1
Total	18,3	9,6	28,5	56,4	9,6	1,5	,8	2,4	14,3	23,9	5,4	29,3

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Tabla 3. Distribución de la población adulta (18 años y más) por origen del vínculo según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Roles (tipo de vínculo)

Bajo la figura de 'amigo', se ubican alrededor de la mitad de los vínculos, aumentando esta participación al aumentar el capital educativo: mientras que para el nivel de capital educativo bajo la proporción de vínculos de 'amigos' es de 54,0%, para el alto la misma es de 63,8% (Tabla 4) ($p < 0,005$). En este sentido, cabe notar la alta participación de la amistad independientemente del estrato, sin variaciones de importancia al distinguirse entre capital educativo y capital económico.

Las mayores variaciones por posesión de capital se observan en el componente 'vecinal', que aumenta fuertemente al acercarse a los estratos más bajos, y en la caída de la participación familiar al aumentar el nivel educativo. Esta baja de 30,7% a 21,2% ($p < 0,005$) marca una diferencia importante entre estratos, si bien da en todos los casos una presencia familiar moderada. En este caso, la estratificación por nivel económico se ha diferenciado de la educativo, en cuanto a que la variación de la presencia de familiares no es significativa entre el nivel bajo y el nivel alto.

La evolución por edad muestra variaciones complejas, con un aumento del componente familiar y vecinal al avanzarse en el ciclo de vida al ir de 19,3% a 32%

($p < 0,001$) y de 2,1% a 10,1% ($p < 0,001$), una caída de la franja de jóvenes a adultos de la proporción de amigos en los vínculos de 70,2% a 51,7% ($p < 0,001$) y un pico en la etapa adulta (36 a 55 años) de mención a compañeros de trabajo o estudios con 9,0% de los vínculos.

Al igual que en la caracterización por origen del vínculo, la separación sexual de espacios se hace notar nuevamente, estando las relaciones de las mujeres más atadas a lo familiar (como campo de lo interior, de los hogares) por oposición a los hombres que muestran más conexión con el exterior, en este caso en la forma de vínculos de amistad, siendo el 65,7% vínculos identificados como 'amigos' entre los hombres y 56,2% entre las mujeres ($p < 0,001$). En este sentido, mientras que un 18,7% de los vínculos masculinos son con familiares, las mujeres presentan un 29,6% de sus vínculos reservados a las interacciones familiares ($p < 0,001$).

En la caracterización de vínculos por clase social, puede apreciarse que los influjos diferenciados que provocaban el barrio y los espacios educativos en los orígenes de vínculo (siendo el primero de importancia en los estratos bajos y los segundos en los estratos altos, Tabla 3) tienen su correlato en la formación de los vínculos de amistad. Es decir, que parece razonable suponer que son los vínculos producidos en el barrio (en los estratos bajos) y en los espacios educativos (en los sectores de mayores niveles de capital) aquellos que tienen por resultado en ambos grupos la formación o la continuidad de relaciones amistosas en la vida adulta.

Cabe señalar también que la edad resalta como un rector importante de los tipos de interacción más presentes a lo largo del ciclo de vida, efecto que se visualizó tanto en el origen del vínculo como en las distribuciones por tipo de vínculo (incluso si no lo era de igual forma en la definición de la cantidad de vínculos).

Tipo de vínculo	Familiar	Novio/a	Amigo	Compañero de trabajo/ estudios	Vecino	Profesional	Otro	Ns/Nr	Total
Capital educativo									
Bajo	30,7	1,2	54,0	1,9	11,1	0,0	0,4	0,7	100,0
Medio	23,1	2,5	62,4	6,7	4,2	0,3	0,4	0,5	100,0
Alto	21,2	3,6	63,8	5,6	2,1	2,0	0,7	1,0	100,0
Capital económico									
Bajo	25,1	2,1	56,3	4,6	9,0	0,9	0,4	1,6	100,0
Medio	25,9	1,6	62,2	4,7	3,7	0,4	0,9	0,5	100,0
Alto	22,7	3,6	62,5	5,6	3,9	1,1	0,2	0,3	100,0
Edad									
18 a 35	19,3	3,3	70,2	3,7	2,1	0,7	0,6	0,0	100,0
36 a 55	26,9	2,0	51,7	9,0	6,7	1,6	0,5	1,6	100,0
56 y más	32,0	1,7	52,8	2,0	10,1	0,2	0,3	0,9	100,0
Sexo									
Varón	18,7	3,2	65,7	5,6	5,2	0,6	0,8	0,4	100,0
Mujer	29,6	2,0	56,2	4,5	5,4	1,1	0,3	1,0	100,0
Total	24,4	2,6	60,7	5,0	5,3	0,9	0,5	0,7	100,0

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Tabla 4. Distribución de la población adulta (18 años y más) por tipo de vínculo según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

La familia

En primer lugar, cabe destacar que la mayor parte de los vínculos mencionados está constituida por hermanos y hermanas de los encuestados (40,4%), seguidos por la categoría 'otros' que reúne a tíos, cuñados, primos, y demás familiares (25,8% de los vínculos, Tabla 5). Tanto la relación con los padres como con los hijos muestran niveles cercanos e inferiores al 20%.

En la relación con los padres se observa una marcada división del trabajo relacional por sexo (no así en hermanos o hijos), donde las madres duplican la participación en los vínculos con respecto a los padres, siendo la proporción general de ambos 11,0% y 5,0% respectivamente. En este sentido, cabe señalar que las madres evidencian matices diferenciados. Mientras que en los padres varones se observa un leve aumento (no estadísticamente significativo) de su participación hacia los estratos de nivel educativo más altos, las madres amplían su participación según estratificación educativa pasando del 6,5% al 15% ($p < 0,050$). En el otro extremo de las relaciones padres-hijos, las relaciones con los hijos de ambos sexos decrecen a medida que aumenta el capital educativo (de 20,8% a 10,7%, sumando hijo e hija). Es decir, que en aquellos espacios con mayor nivel educativo es particularmente estrecha la relación con los padres (particularmente con las madres).

Las diferencias por nivel de capital económico parecen sugerir un efecto interviniente de la edad entre las relaciones observables entre capital educativo y capital económico, si bien cabría la necesidad de un análisis multivariado (ej. de regresión) para explicitar esto. En este nivel descriptivo, es posible observar que al aumentar el nivel económico la presencia de la madre como referente tiende a disminuir (yendo de 13,4% a 6,6%, $p < 0,050$), al tiempo que aumentan las referencias a los hijos, que sumando hijos varones y mujeres alcanzan un 28,5% para el tercil de capital económico alto.

En la relación por edad, como es esperable, los lazos acompañan la generación de nuevos núcleos familiares, siendo en la franja de 18 a 35 más frecuentes los contactos de padres que con hijos, siendo éstos últimos la principal fuente de relaciones mencionadas en la franja de mayores de 56 años.

En la distribución por sexo (Tabla 5), se advierte una selectividad favorable hacia familiares de igual sexo, siendo un caso representativo la relación de las mujeres con sus hermanos: la cantidad de mujeres que mencionaron a una hermana entre sus vínculos fue más del doble que aquellas que mencionaron a un hermano, variando tales proporciones de 28,9% a 11,8%. Esta preferencia también se da en los padres (tanto varones como mujeres), que mencionan más frecuentemente hijos de su mismo sexo que de diferente sexo.

Tipo de vínculo familiar	Padre	Madre	Hermano	Hermana	Hijo	Hija	Otros familiares	Total
Capital educativo								
Bajo	2,7	6,5	21,2	26,5	10,0	10,8	22,3	100,0
Medio	6,1	11,8	10,8	15,6	11,0	10,2	34,6	100,0
Alto	6,3	15,0	15,5	32,9	3,0	7,7	19,7	100,0
Capital económico								
Bajo	3,0	13,4	17,5	30,8	6,7	3,1	25,4	100,0
Medio	5,4	13,9	14,9	20,9	3,1	9,5	32,2	100,0
Alto	6,2	6,6e	15,1	23,5	13,9	14,6	20,1	100,0
Edad								
18 a 35	9,4	18,4	19,9	18,1	0,0	0,0	34,2	100,0
36 a 55	4,4	11,2	18,9	34,6	2,9	4,5	23,5	100,0
56 y más	0,0	0,9	6,1	21,4	25,6	28,9	17,3	100,0
Sexo								
Varón	7,0	8,3	22,6	17,4	8,8	4,1	31,8	100,0
Mujer	3,9	12,6	11,8	28,9	7,7	12,8	22,3	100,0
Total	5,0	11,0	15,7	24,7	8,1	9,6	25,8	100,0

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Tabla 5. Distribución de la población adulta (18 años y más) por tipo de vínculo familiar según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

Asimismo, cabe señalar que más de la mitad de los vínculos familiares corresponden con personas de diferentes rangos etarios, al tiempo que los demás tipos de vínculo (no familiares) reservan menos de una cuarta parte a personas de diferente rango etario (Tabla 6) ($p < 0,001$).

De qué maneras se relaciona esta persona con usted (% en fila)	Mismo rango edad*	Ego es mayor	Ego es menor
Personales			
Familiares: padres, hijos, otros familiares	45,8% ^a	26,1% ^b	28,2% ^c
Otros personales: amigos, novios, compañeros, vecinos	79,4% ^a	10,8% ^b	9,8% ^c
No personales			
Otros (profesionales, otros, ns/nr)	34,4% ^a	12,9% ^b	52,8% ^c
Total	70,3%	14,5%	15,2%

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

Tabla 6. Relación etaria con los vínculos según tipo de vínculo agrupado. Conjunto de aglomerados, 2006.

Los vínculos personales no familiares

Como se vio anteriormente, los vínculos personales no familiares abarcan una importante proporción del total de vínculos declarados, siendo el 60,7% del total de vínculos atribuido a la categoría 'amigos', el 5% a 'compañeros de trabajo y estudios', el 5,3% a 'vecinos' y el 2,6% a 'novios' (Tabla 4).

Asimismo, la distribución de vínculos según posición social indica una creciente importancia de las instancias educativas para la conformación de lazos de amistad por capital educativo, variando su participación de 2,1% a 51,3% ($p < 0,001$) (Tabla 7, amigos que se conocieron en el colegio, escuela o universidad). Esta tendencia, cabe señalar, también es muy marcada al aumentar el capital económico, pasando los vínculos originados en este tipo de espacios de 16,6% en el estrato de nivel económico bajo a 41,9% en el estrato de nivel económico alto ($p > 0,001$).

Como contraparte, el 'barrio' en los estratos más bajos tiene un rol preponderante en la búsqueda de amigos, siendo de 65,1% para el capital educativo bajo y de 59,2% para el capital económico bajo.

Asimismo, quienes tienen mayor capital educativo aumentan su proporción de vínculos originados en 'colegio, escuela o universidad' que clasifican en la actualidad aún como compañeros. De esta forma, dicha proporción va de 0% a 55,7% ($p <$

0,001) según aumenta el nivel de capital educativo⁷, aumento que no se produce en el capital económico, donde los cambios de estrato no aumentan la participación de espacios educativos como fuente de compañeros de referencia.

En la relación por edad, se observa la mayor exposición de los jóvenes a los espacios educativos (o los efectos de recientes estadías en ellos), siendo un 68% de los 'compañeros' pertenecientes a ámbitos educativos (escuela/universidad) para la franja de 18 a 35 años superior a lo registrado en las demás franjas etarias ($p < 0,001$). En la distribución por sexo, se advierte una presencia algo mayor del barrio en la adquisición de amigos por parte de los varones –45,6% en comparación al 38,3% de las mujeres ($p < 0,005$)–, junto a una diferencia más marcada a favor de los espacios laborales para los hombres en la asimilación de 'compañeros' a sus redes de vínculos, de 71,5%, en comparación al 49,3% de las mujeres ($p < 0,010$).

Tipo de amistad y origen del vínculo* (% de fila)	Compañero de trabajo / estudios				Amigo					
	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	Total	Colegio, escuela o universidad	Trabajo	Barrio	A través de un amigo / pareja	A través de un familiar	Total
Capital educativo										
Bajo	0,0	83,6	16,4	100,0	2,1	11,1	65,1	17,0	4,7	100,0
Medio	20,7	78,7	0,6	100,0	21,6	11,3	51,2	12,6	3,2	100,0
Alto	55,7	40,4	3,9	100,0	51,3	11,0	18,6	16,1	2,9	100,0
Capital económico										
Bajo	30,2	62,4	7,4	100,0	16,6	7,9	59,2	11,9	4,4	100,0
Medio	42,4	51,9	5,7	100,0	20,4	11,6	50,0	14,0	4,0	100,0
Alto	30,5	69,5	,0	100,0	41,9	12,9	25,1	17,7	2,4	100,0
Edad										
18 a 35	68,0	31,2	0,8	100,0	38,6	7,3	37,6	13,3	3,3	100,0
36 a 55	16,0	78,1	5,9	100,0	17,9	15,1	43,7	19,7	3,6	100,0
56 y más	33,3	66,7	0,0	100,0	12,5	17,2	53,2	13,4	3,7	100,0
Sexo										100,0
Varón	25,6	71,5	3,0	100,0	29,1	10,9	45,6	12,6	1,7	100,0
Mujer	45,9	49,3	4,8	100,0	27,6	11,4	38,3	17,4	5,2	100,0
Total	34,1	62,2	3,7	100,0	28,4	11,2	42,0	15,0	3,5	100,0

Fuente: Elab. propia en base a datos de la Encuesta de la Deuda Social Argentina 2006.

* Porcentajes sobre categorías seleccionadas. Las demás categorías de 'origen del vínculo' fueron excluidas del cuadro.

Tabla 7. Distribución de la población adulta (18 años y más) por origen del vínculo por tipo de amistad según capital educativo, capital económico, edad y sexo. Conjunto de aglomerados, 2006.

⁷ La situación de las parejas (categoría 'novios/as') no admite ser analizada por clase debido a que reúne un número demasiado bajo de casos.

Conclusiones

A modo de conclusión, cabe comentar algunos de los aspectos más relevantes identificados en el análisis, en torno a responder la pregunta que titula este artículo, es decir, si se reproducen los patrones de desigualdad económica y social dentro del espacio de los vínculos interpersonales de ayuda.

En primer lugar, los lazos personales estudiados en función de posición social permitieron establecer que los mismos no operan como un recurso exclusivo de los pobres, es decir, que no aparecen como un sustituto de bienes materiales o simbólicos escasos o en falta. En este sentido, no sería posible afirmar que quienes están mejor posicionados reproducen su existencia sin el apoyo de vínculos interpersonales. Este ideal, del sujeto autosuficiente en los sectores medios y altos, que se realizaría a través del éxito profesional o económico, no se condice con los datos recogidos, y por el contrario la presencia de vínculos estables de ayuda se encuentra más extendida en los estratos mejor posicionados socioeconómicamente, y en los adultos más jóvenes.

Asimismo, cabe señalar que la presencia de un menor número de vínculos al avanzar en el ciclo de vida refuerza el concepto de que los lazos no son elementos estáticos que se acumulan mecánicamente en el tiempo, sino más bien se trata de imágenes de un proceso continuo y dinámico de construcción y reformulación de relaciones por medio de interacciones y de procesos subjetivos individuales en constante transformación, pasibles de deterioro y pérdida.

En segundo lugar, los vínculos personales observados han mostrado ser reflejo de relaciones de larga duración. A diferencia de la percepción de los vínculos como lábiles e inestables, persiste un núcleo de la red personal en lapsos de tiempo relativamente largos (más de 5 años). Este núcleo, aparece a su vez relacionado a la posibilidad de encontrar apoyo ante situaciones adversas, es decir, se liga al mismo tiempo con el nivel personal de la cotidianeidad –el plano de las ‘charlas personales’– y con el plano general de los problemas de índole excepcional.

En este sentido, los mismos pueden caracterizarse como un recurso emocional y funcional de difícil reemplazo en plazos cortos de tiempo. El proceso de socialización conforma así no sólo un proceso de transmisión de capital cultural y de transferencia de recursos materiales, sino que se inserta asimismo en el largo camino del armado de la red personal.

En tercer lugar, en el caso de las mujeres, la inserción vincular familiar da cuenta de la vigencia –aunque parcial– de un enmarcamiento de lo femenino en lo doméstico,

y más ampliamente, en lo inter-doméstico (recordar que los lazos investigados son siempre entre adultos que no conviven en una misma vivienda). Esta proyección provoca en las relaciones una probabilidad disminuida para privilegiar –entre las mujeres– lazos de amistad, dando cuenta de un proceso largo de socialización endógeno a la familia ampliada, o dicho por su opuesto, más reticente a insertar lazos en la sociedad amplia. Similar experiencia ejerce el barrio, que es visto a través de las redes como el espacio de socialización en los estratos más bajos, pero también de creciente importancia al aumentar la edad.

Por su parte, que la familia esté presente en todos los niveles de la escala social (decreciendo su relevancia a mayor nivel de capital educativo y aumentando con la edad) no significa, por supuesto, que dichas relaciones tengan el mismo contenido en todas ellas. Las necesidades y las costumbres que se producen y reproducen en cada condición social introducen diferencias en el contenido de la relacionalidad familiar. Sin embargo, es posible establecer que la ausencia de vínculos fiables de origen familiar supone un rasgo significativo tanto en clases bajas como en clases medias o medias altas, así como también que no es posible imputar la carencia de lazos familiares en sentido general como un rasgo de clase, aunque sí se observan diferencias entre ellas.

En este aspecto, se destaca un rasgo singular, que es la conexión intergeneracional por medio de la familia como un mecanismo social que sólo ocurre minoritariamente por otros medios. En la bibliografía sobre socialización, se pone especial énfasis en la familia como espacio de socialización primaria, por el cual los sujetos que se agregan a dicho ámbito comienzan su incorporación de pautas culturales (en primer lugar el lenguaje, pero también los criterios sobre formas de actuar, de vestirse, etc.), trasladándose esta socialización progresivamente del ámbito doméstico a ámbitos institucionales externos al hogar (escuela, colegio, mercado laboral). De esta forma, operaría sobre los sujetos una suerte de proceso por el cual asimilarían un conjunto de reglas y elementos en su formación temprana, en el plan de volverse personas adultas y recomenzar desde allí el ciclo de producción de nuevos individuos al formar nuevos hogares. Incluso versiones más contemporáneas, en las que los sujetos tienen un rol más 'activo', más 'estratégico' sobre su proceso de socialización, no llevan el problema de la relación intergeneracional demasiado más allá de la infancia y adolescencia, y no problematizan la cuestión de cómo los nuevos sujetos, las nuevas generaciones, aportan, inventan, traducen y generalizan a partir de sus condiciones materiales y sociales nuevas formas sociales de interacción y comprensión del mundo.

Según se ha podido observar en esta investigación, en cambio, los vínculos familiares aparecen también como la forma principal por la cual se mantienen dependencias intergeneracionales entre adultos (aunque esto es usualmente así también entre adultos y niños), que harían operativa buena parte de la transferencia intergeneracional de capital, tanto educativo como económico. De igual modo, los vínculos familiares permiten así socializaciones 'hacia arriba', es decir, de las generaciones mayores por parte de la incorporación de valores y prácticas que se vuelven corrientes en las más jóvenes.

Así, estas vías de comunicación intergeneracionales son una precondition para que personas en diferentes procesos vitales usualmente relacionados a la edad puedan complementar su generación de recursos diferenciada, así como sus necesidades eventualmente asimétricas de integración emocional y funcional. Si bien estas necesidades intentan también ser atendidas por el sistema formal, la circulación de recursos entre familiares (ayuda a los mayores para completar su necesidad de ingresos, y ayuda a los más jóvenes para cubrir sus falencias habitacionales o asistir en el cuidado de los niños) es muestra su vigencia en la importante presencia de lazos entre padres e hijos, pero también, entre hermanos y primos.

Conjuntamente al campo de lo familiar, el origen de los vínculos remitió a otros dos grandes espacios de institucionalización de los vínculos: los ámbitos educativos y el espacio del barrio⁸. Estos espacios –asociados a esquemas bajo los cuales cada una de las relaciones organiza su desarrollo según un origen histórico determinado– fueron captados también en la clasificación por tipo de vínculo (familiar, amigo, vecino, etc.). En este sentido, la interrelación de ambos abordajes brindó información relevante sobre la dinámica de las relaciones: los conocidos en el colegio pueden ser luego considerados 'amigos' (ya no sólo compañeros), el vecindario no sólo alberga 'vecinos' sino también familiares y colegas, y la amistad, en función del pasado compartido, puede dar cuenta de experiencias institucionales o de vivencias en común transitadas por los sujetos (familiares, barriales). De esta forma, mientras que la categoría 'amigo' remite en el imaginario de aquellos con menos capital a personas que compartieron la vivencia del barrio, de un espacio común con independencia a una orientación particular, para aquellos mejor posicionados en términos de capitales económicos y culturales la amistad remite en cambio mayormente a vivencias compartidas en ámbitos institucionales.

⁸ En un lugar menos importante aparecieron también los ámbitos laborales como campos de generación de vínculos personales durables.

Cabe señalar a este respecto que allí donde la educación constituyó un elemento menos preponderante de socialización, su contraparte en la formación de vínculos de ayuda no provino, como podía parcialmente esperarse, de la esfera laboral. En este sentido, cabía suponer que una temprana inserción de los jóvenes en el mercado laboral podía convertir al trabajo en un campo relevante de formación de vínculos durables de ayuda allí donde el tránsito por instituciones educativas había sido más breve. Sin embargo, esto no ocurrió y fue 'el barrio' el factor de socialización primordial en los tales escenarios. De esta forma, puede afirmarse que existe una sociabilidad por el barrio en la que desarrollan la amistad los sectores bajos y parcialmente los medios, que es reemplazada en los estratos mejor posicionados por vínculos producidos en marcos institucionalizados.

Este matiz introduce registros y prevalencias diferentes, entre otros, para la formalidad y sistemicidad de lo relacional. Las escuelas y colegios, pero también las universidades y usualmente los trabajos calificados, rigen estilos de comportamiento bastante definidos, que van desde formas de vestirse y hablar, a modos en que se debe estar sentado, gesticular, así como sobre temas de los que está permitido hablar, de horarios en los que hacerlo, etc. De igual forma, los espacios institucionales dan lugar a interacciones donde lo social es un elemento que se intercala con actividades instrumentales, ya sean orientadas a la fabricación, el aprendizaje o la ejecución de servicios. El barrio, por el contrario, aparece usualmente como un lugar donde la sociabilidad es un fin en sí mismo, y la regulación de las interacciones se produce de una forma más dinámica e informal que en los ámbitos institucionales antes mencionados (si bien, claro está, existen también pautas sobre los modos de hablar y de vestirse, en todos los barrios y espacios sociales en general).

En el caso de esta investigación, el capital educativo mostró ser un indicador relevante de patrones de conducta y sociabilidad diferenciados en términos de representaciones y prácticas individuales, diferenciando con más intensidad en casi todas las dimensiones que el capital económico. El pasaje por espacios educativos marcó diferencias en el lugar otorgado a la interacción familiar, así como también al sentido de la amistad.

Finalmente, respecto a la estrategia metodológica, es posible destacar que la información obtenida por medio de la explicitación de redes personales ha permitido profundizar en temáticas no siempre observables desde encuestas de hogares tradicionales. Si bien la presencia del barrio y de la familia en la socialización de los individuos es un hecho conocido, ha sido posible evaluar –al menos parcialmente– el

modo en que los mismos inciden en diferentes espacios sociales para las poblaciones observadas, explicitando dependencias de los mismos con otros aspectos clave de la estructura social.

Agradecimientos

Quisiera agradecer el financiamiento dado al proyecto por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina. De igual modo, agradezco al Observatorio de la Deuda Social por haber sido sede, soporte académico, físico e intelectual de esta investigación. Asimismo, quisiera agradecer el apoyo creativo, atento, pleno, enriquecedor y sostenido del Dr. Agustín Salvia durante todas las etapas de este trabajo. Por último, querría dar también las gracias al Dr. Manuel Eguia, quien dedicó abundante tiempo y esfuerzo a introducirme en las lógicas del análisis de redes sociales, con enorme lucidez y generosidad.

Referencias

- Adler Lomnitz, L., & Melnick, A. (1994). La clase media, las redes sociales y el modelo neoliberal: El caso de los profesores chilenos (1973-1988). *Revista del CLAD*, 2, 223-244.
- Amadeo, E. (2011). *País rico, país pobre*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Atria, R., Siles, M., Arriagada I., Robison, L., & Whiteford, S. (comps). (2003). *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe: en busca de un nuevo paradigma*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Bagnasco P., Bagnasco A., Piselli F., Pizzorno A., & Trigilia C. (2004). *El capital social. Instrucciones de uso*. Buenos Aires: Fondo De Cultura Económica.
- Boltvinik, J. et al. (2014). *Multidimensionalidad de la pobreza: propuestas para su definición y evaluación en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO.
- Burt, R. S. (1984). Network items and the General Social Survey. *Social Networks*, 6, 293-339.
- De Grande, P. (2005). El diseño muestral de la encuesta de la Deuda Social Argentina. En Salvia, A. *Barómetro de la Deuda Social Argentina. Las desigualdades persistentes*. Buenos Aires: Educa.
- DeFilippis, J. (2001). The myth of social capital in community development. *Housing policy debate*, 12(4), 781-806.

- Rosas, R. (2000). Dinámica de las redes sociales y de apoyo emocional en hogares pobres urbanos: el caso de México. *Ponencia presentada en el Latin American Studies Association, Miami*, 16-18.
- Espinoza, V. (1999). Social Networks Among the Urban Pool: Inequality and Integration in a Latin American City. En Wellman, B. *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*. Boulder: Westview Press, 149-184.
- Forni, P., & Nardone, M. (2005). Grupos solidarios de microcrédito y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *REDES. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 9(5), 1-25.
- Gutiérrez, A. (2005). *Pobre como siempre*. Córdoba: Ferreyra Editores.
- Kuehnast, K., & Dudwick, N. (2004), *Better a Hundred Friends Than a Hundred Rubles? Social Networks. In Transition*, World Bank Working Papers No. 39, Washington DC.
- Lederman, D. (2001). *Socializing in Argentina: Levels, Geographic Distribution and Determinants of Social Capital*. World Bank.
- Lee B., & Campbell K. (1999). Neighbor Networks of Black and White Americans. En Wellman, B. *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*. Boulder: Westview Press, 119-146.
- Lee, R., Ruan, D., & Lai, G. (2005). Social structure and support networks in Beijing and Hong Kong. *Social Networks*, 27, 249-274.
- Lieber, C., & Sandefur, G. (1998). Exchanging Social Support with Friends, Neighbors, and Coworkers. *Meeting of the American Sociological Association*, San Francisco.
- Mauss, M. (1923). Essai sur le don forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. *L'Année sociologique (1924/1925)*, 30-186.
- Mickelson, K. D., & Kubzansky, L. D. (2003). Social distribution of social support: The mediating role of life events. *American journal of community psychology*, 32(3-4), 265-281.
- ODSA. (2006), *Cuestionario de la Encuesta de la Deuda Social Argentina*. Recuperado el 15 de 12 de 2006, de Observatorio de la Deuda Social: http://www.uca.edu.ar/esp/sec-investigacion/esp/subs-observatorio/_page.php?subsec=cuestionarios

- ODSA. (2007). *Apéndice I: Análisis metodológico aplicado a la Encuesta de la Deuda Social Argentina. Barómetro de la Deuda Social Argentina*. Buenos Aires: Educa.
- PNUD. (1990). *Human Development Report. Concept and Measurement of human development*. Nueva York: PUND.
- Portales, L. (2013). El estudio del capital social de los hogares por medio de redes personales. *REDES. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 24(2), 80-108.
- Ramos, S. E. (1981). Las relaciones de parentesco y ayuda mutua en los sectores populares urbanos: un estudio de caso. *CEDES*, 4(1), 1-77.
- Salvia, A. (2001). Bienestar económico y desigualdad social en los hogares del Gran Buenos Aires durante la política neoliberal. En C. Gómez (compiladora), *Procesos Sociales, Población y Familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*. México: Ed. Plaza y Valdes. 255-278.
- Salvia, A. (2005). Aportes conceptuales y de investigación para una política social fundada en el desarrollo humano. *Seminario sobre Políticas Públicas: para la construcción de la ciudadanía*. Buenos Aires: Secretaría de Derechos Humanos.
- Sen, A. (1980). *Equality of What? Choice, welfare and measurement*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Sen, A. (1987). *On Ethics and Economics*. Oxford: Basil Blackwell
- Sen, A. (1997). Bienestar, la condición de ser agente y la libertad. *Conferencias Dewey de 1984. Bienestar, justicia y mercado*. Barcelona: Ediciones Paidós – I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Woolcock, M. (2001). The place of social capital in Understanding Social and Economic Outcomes. *ISUMA: Canadian Journal of Policy Research*, 2(1), 1-17.